

Crónica y cuento de Gustavo Meléndez¹⁷⁶



El Nazareno de San Pablo¹⁷⁷

El nazareno de San Pablo

El 11 de mayo de 1949, con toda premeditación, fue pautado mi advenimiento a este mundo por Juana Bautista Filippe Rivero y Evaristo Ramón Meléndez Rodríguez, ambos provenientes de la provincia venezolana, Cojedes y Lara respectivamente.

¹⁷⁶ Gustavo Meléndez, actor y director de teatro. Miembro de la Compañía Nacional de Teatro de Venezuela, escritor. Correo electrónico: lavozdeloscaminos@gmail.com

¹⁷⁷ Tomado de:

https://espanol.images.search.yahoo.com/search/images;_ylt=AwrFFxpIXVdmjG8L4AUDEQx.;_ylu=Y29sbwNiZjEEcG9zAzIEdnRpZAMEc2VjA3Nj?p=Im%C3%A1genes+de+El+nazareno+de+San+Pablo&fr=yfp-t#id=2&iurl=https%3A%2F%2Fmediaarea.com%2Fwp-content%2Fuploads%2F2021%2F04%2Fnazareno-vene-ok.jpg&action=click

Desafortunadamente no puedo describir cómo sucedió mi nacimiento. Si pudiéramos recordar ese fabuloso viaje al exterior desde el vientre de nuestra madre, dedicaríamos mucho tiempo de nuestras vidas a extrañar el sosiego de aquel no tiempo. Más aún cuando el arribo estuvo signado por una etapa neonatal caracterizada por una diarrea que obligó a los médicos de la Maternidad Concepción Palacios a mantenerme en estufa por tres meses.

Mi mamá ofreció una promesa al Nazareno de San Pablo y me curé. Me llevaron a mi casa y de allí en adelante por este favor recibido, tuve, durante años, que vestirme de morado, junto con mi mamá, para pagar la promesa. Por cierto, casi finalizan mis días en esa iglesia a causa de una terrible tragedia en la cual fallecieron muchos niños junto a sus padres: 23 niños y 22 adultos para ser precisos. Esta tragedia sucedió pocos años después de mi nacimiento, el 9 de abril de 1952 a las cuatro de la mañana, para ser exactos.

Según cuentan quienes estuvieron en la iglesia para el momento, un ladrón intentó robar a alguien dentro de la iglesia y fue descubierto; éste, para evitar ser capturado, comenzó a gritar ¡fuego, fuego! Todo aquel grupo de hombres, mujeres y niños iniciaron la huida sin percatarse de lo que hacían al triturar, en su fuga, a los pobres seres que caían atropellados tratando de escapar de la muerte.

Sobre aquel suceso se han tratado de dar múltiples explicaciones. Hay quienes achacaron este evento al grito desesperado de una persona que creyó ver fuego dentro de la iglesia. Otros piensan que la reacción se debió a una secuela por la impresión que dejó un antiguo temblor ocurrido tiempo atrás. También dicen que un cuadro se cayó y el ruido hizo creer a alguien que estaba temblando e inmediatamente gritó ¡terremoto! y se generó la estampida humana. Otros acusaron a los adecos y a los comunistas que se oponían al gobierno. El párroco Hortensio Carrillo lanzó una acusación en la que afirmaba que todo había sido parte de un plan terrorista. No acusó a nadie en específico, pero lo relacionó con lo ocurrido en Colombia con el Bogotazo. Según el cura, querían atentar contra el ministro de la defensa del gobierno de Germán Suarez Flamerich, coronel Marcos Pérez Jiménez. En realidad, era una junta de gobierno integrada por Flamerich, Luis Felipe Llovera Páez y Pérez Jiménez.

Ese día llegué tarde. Y ahora no logro entender por qué insisto tanto en la puntualidad, si la falta de ella me salvó la vida.

Mi pobre tío tuvo que ir hasta la iglesia, por órdenes de mi abuela, que sabía que mi mamá y mi papá me llevarían, como habían hecho antes, para cumplir la promesa al Nazareno. Así que me levantaron tempranito y, entre dormido y despierto, me vistieron con mi túnica morada, atada a la cintura con un cordón tejido en pabito blanco, unas zandalitas negras y, entonces, salimos raudos en un chevrolet del 45 que le alquilaban a mi papá para trabajar la plaza, o sea un carro libre o, mejor dicho, como le dicen ahora, un taxi para salir a ruletear. No sé por qué razón nos tardamos tanto; claro, toda la ciudad se movía hacia el templo. Lo cierto es que llegué tarde. Mi tío tuvo que revisar todos los cadáveres que estaban tendidos

en el suelo para ver si me encontraba entre ellos. Con el alma en un hilo, respiró profundo y dijo “¡no está!”. Luego, de regreso para su casa y a lo lejos, nos divisó rumbo a la nuestra.

Creo que mi mamá hizo algún trueque con el nazareno porque no me vistieron más de morado, pero, a cambio, cuando tuviera edad, tendría que comulgar todos los días de San José en la iglesia de San Francisco, pero a los dieciocho me metí a comunista.

Caída libre

Un hombre está sentado en un café de Parque Central. El mesonero se le acerca, le ofrece el menú, lo rechaza cortésmente y le pide, por favor, que le traiga un café negro corto. Su voz se oye temblorosa, pero decidida. Con un pañuelo seca el sudor de sus manos. Vacila por un instante, pierde ligeramente su compostura, cierra los ojos, se lleva el pañuelo a la boca, como apagando un gemido.

No se percató del ascenso por las escaleras hasta el piso cincuenta y cuatro de la torre oeste. No quería llegar jamás, pero allí estaba. Abrió la ventana del piso, se sentó en el marco de ésta y, sin pensarlo, inclinó su cuerpo para caer libremente. Ya no hay vuelta atrás, el suelo avanza rápidamente hacia él. Cada piso era un problema menos. Jamás había hecho un balance tan rápido y definitivo de su vida. Y luego: silencio, negro, nada...

-Señor su café... ¿qué le pasa? ¿Se siente mal? Parece un muerto.

Un golpe seco muy intenso llamó la atención del mesonero. ¡Dios mío! ¡Se mató! Giró hacia el cliente ¡Mire eso!, dijo... Pero él ya se había marchado. No estaba, quizás huyó despavorido.

El mesonero corrió a ver aquel despojo humano, sin darse cuenta de que llevaba en la mano la bandeja con el café. Se preguntó quién sería ese pobre hombre. ¿Por qué se lanzaría?

Caminó en torno a él y le pareció conocido. Cuando logró ver su rostro, derramando sangre por la nariz, los ojos, la boca y sus oídos, sintió que sus fluidos se helaban en todo su cuerpo, sus piernas temblaban casi abandonándolo. Pero se recuperó respirando profundamente. Tomó el café que temblaba sobre la bandeja, lo colocó junto al rostro de aquel desgraciado y le dijo, casi en susurro: ¡Señor, su café!